

# Historia del futuro

Y no es que se haya fundado en una u otra fecha, es que no deja de renacer

Por **TONI PRADAS**

**E**L padre Bartolomé de las Casas es para los historiadores –a veces– como esa madre que nos recuerda la trocada hora exacta de nuestro nacimiento. A él le creemos su interpretación sobre la conquista de América, según la matizó su buena fe. Incluso sabemos el significado de muchos vocablos aborígenes por su fisgoneo filológico y, claro está, por su bondad. (Vaya corazón que tuvo: tanta lástima le produjeron los extenuados indios en los infiernos de las minas de oro que, por piedad, propuso al emperador Carlos V la importación de negros para sustituirlos).

Dijo Shakespeare que la confusión hizo su obra maestra.

Pensemos en que aquellos escritos de Colón durante su travesía exploradora (hay quien

con peludo orzuelo prefiere considerarla de descubrimiento) nunca fueron un diario de la travesía, sino apuntes de bitácora, luego destruidos por uno de los hermanos Pinzón al ser la evidencia de un famoso motín y de la amenaza de echar por la borda al almirante si en tres soles no se avistaba tierra.

Pero el padre De las Casas, imperturbable, transcribió aquellas notas, las limpió de italianismos y hasta le mejoró la imagen al ambicioso genovés. Y como lo que salió, si se mira bien, fue una novela de aventuras, y ante el temor de ser acusado de alterar el original, prefirió adulterarlo para siempre. Léalo, léalo: Colón no habla en la primera persona gramatical –nada de yo, me, mi, conmigo–, sino en la tercera del singular que le impuso el dominico.

De manera que hoy el navegante tiene los “derechos de autor” de ese “diario”, pero poco le importaron, como sí le ocurrió con los del Nuevo Mundo, siempre negados a pesar de tantos pleitos de reclamación.

Algunos, como el irritado investigador Henri Vignaud, descalificaron el texto por ser una “falsificación fraudulenta”, pero muchos le rinden culto al denominado *Diario de a bordo de Colón* por tratarse de las primeras líneas literarias hispanoamericanas.

Así nació la historia de acá, la obra maestra de la confusión.

De igual manera, imprecisa, comenzó la biografía de La Habana, la otrora aldea que muy pronto celebrará su medio milenio de crecimiento en una geografía de dudosa fortuna para abastecerse de aguas bebestibles y, eso sí, una buena bahía para carenar naves, avistada en 1509, un poco antes del surgimiento de la Villa, por Sebastián de Ocampo.

Es sabido, sin embargo, que la actual capital cubana tuvo una fundación primigenia en 1514, en un lugar hoy en discusión, en el sur, del que el padre

De las Casas hizo al vuelo en 1527 una referencia de su existencia. Como expresara el historiador Julio Le Riverand: “el testimonio de De las Casas es terminante”.

Aun así, ningún rastro arqueológico ha dado fe de la existencia de La Habana meridional. Caramba, si más que un arcano asentamiento, hasta parece un caprichoso ardid de aquellos moradores pioneros para reírse de los futuros y modernos métodos cartográficos y fotogramétricos de investigación.

Según el estudioso del que se trate, el territorio escogido para el enclave pudo haber sido en las cercanías de los poblados contemporáneos de Batabanó e, incluso, de La Coloma. O quizás, más al occidente, en la ensenada de Cortés: siempre en las costas del sur de la Isla. No obstante, el mayor consenso lo gana algún paraje hacia la ensenada de la Broa, en torno a la desembocadura o en las márgenes del río Onicaxinal, llamado en nuestros días Mayabeque (hasta el escudo comunal de Melena del Sur tiene escrito en latín la frase *Aquí primero se fundó La Habana*).

Lo cierto es que sin terminar de asentarse la primera Trinidad en Jagua, dos grupos salieron de allí para fundar sendas villas.

En una, la de Sancti Spiritus, participó el teniente gobernador y adelantado de Cuba y Yucatán, Diego Velázquez. La otra, la que sería San Cristóbal de La Habana, este se la encargó a su lugarteniente Pánfilo de Narváez, quien siempre con De las Casas a cuestas desde los infaustos días de la matanza de Caonao (“el diablo llevóle el ánima”, rumió el padre sobre su jefe), se dedicó a erigir la sexta vecindad parroquial española en Cuba, presumiblemente entre abril y mayo de 1514.

Para sumar vaguedades, la nueva localidad adoptó su toponimia por Cristóbal de Licia o Cristóbal mártir, santo de la iglesia ortodoxa cuya existencia la católica considera no probada; mientras el Habana de oscuro origen tal vez se derivó de un no documentado jefe taíno que con-

trolaba la región, Habaguanex, apenas aludido por Velázquez en un reporte burocrático a su rey.

Hay quien sostiene que en 1515, el 25 de julio –día de San Cristóbal en el martirologio romano–, fue el nacimiento oficial de La Habana. Pero la fundación de la mayor parte de las villas establecidas en Cuba por Velázquez entre 1513 y 1515, aún provoca debates sobre las fechas exactas para celebrar sus aniversarios. En unos casos, debido a la carencia de fuentes fidedignas para establecer el dato no siempre comprobable, pues en muchas ocasiones se instauró por la tradición y no por las actas.

Aquellas primeras villas, se sabe, fueron trashumantes. Es que no siempre los pobladores hispanos pudieron adaptarse al lugar o imponer su cultura. O se fueron pitando, entre otras causas, al no tener suficiente mano de obra indígena, apagada por el exterminio.

Se dice que aquellos primeros habaneros, obligados por las plagas de insectos y por ser malsano el sitio sobre todo para los recién nacidos, trasladaron sus baúles progresivamente hacia el norte. Mas para la doctora Hortensia Pichardo el gradual traslado no fue necesariamente por causas que obligasen a una

“huida”, sino que al tiempo que se poblaba la costa sur también se establecían núcleos de población en la marina norte.

Siempre según Pichardo, vecinos de la Villa de San Cristóbal, poseedores de mercedes y estancias en el litoral septentrional, pasarían cada vez más tiempo en sus haciendas que poco a poco fueron poblándose en detrimento del vecindario original. Hasta que quedaron definitivamente asentados en el norte.

Aquella aventura migratoria fijó primero la Villa en la desembocadura del río Casiguaguas, hoy Chorrera o Almendares, donde trataron de represar las aguas (aún se conservan los muros de contención de esta obra hidráulica, la más antigua del Caribe).

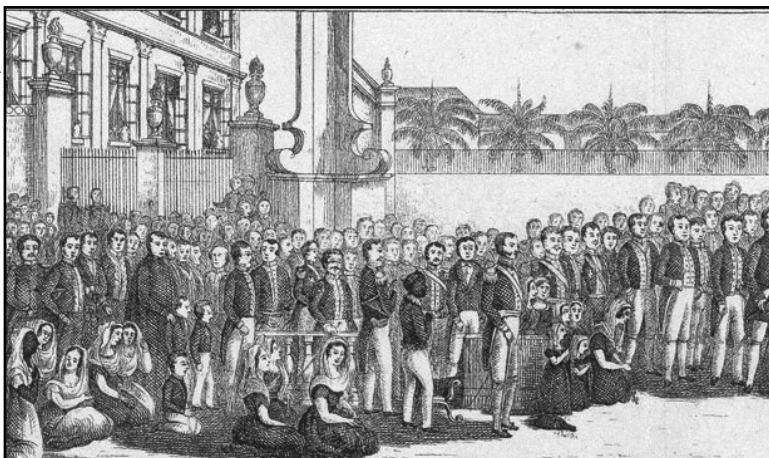
Más tarde eligieron asentarse junto a la bahía de Carenas –esa, la bonita, la de los actuales cruceros, fuertes coloniales y hasta acristalados hoteles–, donde ya había estado Velázquez el 23 de diciembre de 1514, 10 años antes de morir en su casona de Santiago de Cuba, la vivienda más vieja que queda en pie en la Isla, y dejar entre sus bienes 19 estancias, 3 000 cerdos y 1 000 reses.

### La Habana real

Cuentan que bajo las órdenes de Juan de Rojas, un apoderado



Aquella Villa que los primeros moradores asentaron en la pequeña península que se proyecta sobre la bahía, hacia 1730, tenía algo más de 100 manzanas y cerca de 50 000 habitantes.



Llamada “Mapa histórico pintoresco moderno de la isla de Cuba”, la ilustración resume los tres primeros siglos de la sociedad habanera, desde el primer cabildo (a la derecha de la imagen) y su evolución hasta 1853 (hacia la izquierda), fecha del dibujo.

de Velázquez, aquellos primeros moradores eligieron la pequeña isleta que a modo de península se proyecta sobre la bahía. Cerca tenían extensas superficies boscosas que el cabildo de la Villa, en vano, pidió preservar para el disfrute de todos. Pero el emplazamiento definitivo ocurrió aparejado a la construcción del primitivo Castillo de la Fuerza (1538-1540), en torno al cual se arrellanaron unos 300 habitantes en sus escuálidas casas.

Y cuentan también que el 16 de noviembre de 1519 se ofició a un paso de allí la primera misa y cabildo, acto con el que quedó formalizada la conclusión del traslado de la Villa al “pueblo nuevo”, a pesar de que en el sur habían quedado algunos habitantes.

En el lugar que se cree fue el punto de reunión de aquellos pobladores para solemnizar la (re)fundación, hoy se erige un testifical monumento de construcción dórica: El Templete.

Allí, en cada víspera de la data inaugural, los habaneros celebran el nacimiento de la Villa y se congregan para darle tres vueltas a la ceiba testigo –que al morir se replanta, y la nueva sustituye la anterior de la anterior de la anterior de la primera– y a cuyas raíces echan una moneda y formulan en silencio un deseo.

Sumida en el bostezo del olvido, a la Villa en el sur o “pueblo viejo” siguió llamándose La Ha-

bana durante medio siglo más, hasta que abandonada enteramente se difuminó en, se sospecha, una merced otorgada para erigir un corral de cerdos.

“Del sur no tenemos evidencia alguna, pero del norte, sí. Debemos celebrar la ciudad cierta y no la especulación de un lugar no encontrado”, sentenció hace cinco años el historiador de La Habana, doctor Eusebio Leal Spengler, en el aniversario 495 de esta Villa, la “nueva”, exaltada como ciudad el 20 de diciembre de 1592 bajo



De múltiples maneras está siendo recordada la fundación de la que hoy es reverenciada como Ciudad Maravilla.

designio real de Felipe II y luego reconocida por Real Cédula como capital oficial de la colonia el 8 de octubre de 1607.

Cronista de Indias en el siglo informático, entrampado por nebulosas fechas como todos sus conciudadanos, Leal ha hecho su apuesta para celebrar en 2019 las cinco centurias de esta Villa que, tras reventar como botonadura de ajustado chaleco su opresora muralla, comenzó a expandir sus contornos metropolitanos desde la ceiba hasta el palmar, y hacia los cielos, papalotes.

Como madre que resuelve fijar la bizantina hora en que dio a luz al hijo, ha dicho, pues, el andariego de La Habana:

“Mi respuesta a quienes me preguntan por qué no he seguido el ejemplo de otras villas cubanas que han celebrado ya su 500 aniversario –independientemente de las variaciones de su lugar fundacional–, es que resultó más seductora para mí y el concilio de mis colaboradores, La Habana real, la que nació de la unión del pueblo viejo y el nuevo, constituyéndose en un ente que llamé San Cristóbal de La Habana”.

Santo patrón de los viajeros, Cristóbal mártir llevó con su patronazgo, de aquí para allá y de otrora al futuro, a La Habana, atenazándose a la simple e infalible coartada de la refundación.

Sea como fuere, la ciudad no ha hecho otra cosa que hacerse de pretextos para renacer. Lo hizo, digamos, después de 1555, cuando el pirata francés Jacques de Sores arrasó la Villa; también se juró retoñar una vez más desde que en 1982 el Comité Intergubernamental de Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural de la Unesco declaró al viejo tórax de la urbe, y su sistema de fortificaciones, Patrimonio de la Humanidad.

¿Este afán por reinventarse será otra página roída de la obra maestra que la confusión ha hecho? Quién sabe. Pero si no hubiera ocurrido el acta de nacimiento exactamente así, poco importa: tantos deseos cumplidos no pueden desmentir a la sagrada ceiba.